

Chile y Croacia: treinta años



Guillermo Mimica Cárcamo

escritor

He estado hojeando recientemente las "memorias" de Frane Krnic, ex embajador de Yugoslavia en Chile –quien fuera también el primero de Croacia independiente–. Se trata de un amigo, y un amigo, además, de numerosos magallánicos que seguramente lo recuerdan con cariño. Hoy vive en la bella isla de Korčula, pero dice seguir sintiendo a Chile como su segunda patria. Leí atentamente los capítulos relativos al reconocimiento de Croacia por parte de Chile. Su testimonio, tan de primera mano, es una joya valiosa para analizar ese período, y en la lectura de sus páginas creo haber comprendido perfectamente su apego a nuestro país.

Hace unos días, justamente, se conmemoraron los treinta años del reconocimiento oficial de Chile a Croacia. Todo un evento para los dos países, y en especial para los miles de chilenos de ascendencia croata que, ayudados por las acciones del embajador Krnic, contribuyeron a que aquello llegara a ser posible en enero de 1992. Existen seguramente, dentro de los archivos de los ministerios respectivos, un sinnúmero de notas diplomáticas, memorándum, instrucciones, informaciones de carácter oficial o confidencial, que dan cuenta de esta situación de transición de una nación hacia su independencia total y de su reconocimiento como Estado por parte de la comunidad internacional. Tarea para los historiadores será desenterrarlas algún día. Pero como se trata de hechos relativamente recientes, también están los testimonios de numerosas personas, miembros de las organizaciones de la colonia, que recuerdan perfectamente las circunstancias relativas al desmoronamiento de Yugoslavia, república compuesta por seis naciones y dos regiones autónomas. En Magallanes existen algunos protagonistas o testigos directos, quienes suelen incluso recordar con emoción estos eventos.

Para quienes vivimos desde afuera este proceso, nos queda la impresión que todo sucedió muy rápido. En un santiamén descubrimos a dirigentes esquizofrénicos, provistos de un enorme espíritu dominador y expansionista, y comprendimos las tentativas secesionistas como única respues-

ta. Y a esto siguió la intransigencia, las intrigas, traiciones, búsqueda de acuerdos que resultaban infructuosos, mediaciones truncadas, escaramuzas que conducían a la guerra, esa guerra atroz en la que al comienzo de la crisis nadie creía, pero que fue siendo cierta y real, y que se transformó en una espina venenosa, dolorosa y muy cercana para nosotros, pese a 12 mil kilómetros que nos separan de los Balcanes. Concluía una experiencia frustrada de Estado Plurinacional, el que solo duró unas pocas décadas, y que se terminó a fuego y sangre. Croacia, nación preexistente a la Unión de los eslavos del sur, recuperaba su soberanía y se insertaba plenamente, en forma independiente, en Europa occidental años más tarde.

Chile, habiendo ya recuperado su democracia, prudente, pero no menos decididamente, contribuyó cabalmente al reconocimiento internacional de Croacia. Unos meses antes, las instituciones de ascendencia croata reconocían también a su manera los lazos que las ataban a su tierra ancestral: asociaciones y clubes deportivos que tenían el gentilicio yugoslavo, pasaron a colocarse el de croata. En Punta Arenas y Porvenir, el Sokol, la Cuarta Compañía de bomberos y los clubes sociales respectivos hicieron lo propio. Nuestro país, no solamente fue el primero del hemisferio sur en reconocer al nuevo Estado, sino también el primero, fuera de Europa, que recibió oficialmente a Franjo Tuđman, su primer presidente. Y la generosidad y compromiso de miles de chilenos-croatas, ayudó también al gobierno que asumía entonces. En los treinta años que han seguido, las sólidas relaciones de amistad y cooperación entre Croacia y Chile han fructificado.

Hoy, al conmemorar este evento, resulta difícil imaginarnos que hace pocos años, en el corazón de Europa, tuviera lugar otro genocidio. ¡Cuidado! Esta una lección más que nos deja la historia reciente y que es menester observar. Sabido es que aquellos conflictos pregoneros de guerra, suelen no anunciarse con tambores, y estar a veces muchísimo más cerca de lo que uno cree. De ello, ningún país puede considerarse exento.

[Volver](#)